

En Martínez, Samuel, *Fútbol-espectáculo, Cultura y Sociedad*. CDMX (México): Afinita-U.Iberoamericana.

Breves apuntes teóricos para acercarse al problema del fútbol, masculinidad y violencia.

Jacques Paul Ramírez Gallegos.

Cita:

Jacques Paul Ramírez Gallegos (2010). *Breves apuntes teóricos para acercarse al problema del fútbol, masculinidad y violencia*. En Martínez, Samuel *Fútbol-espectáculo, Cultura y Sociedad*. CDMX (México): Afinita-U.Iberoamericana.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jacques.ramirez/80>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/peqr/OWy>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Fútbol-espectáculo, Cultura y Sociedad

Samuel Martínez
(Coordinador)



SAMUEL MARTÍNEZ LÓPEZ
COORDINADOR

UNA REVISIÓN CRÍTICA AL NEGOCIO MUNDIAL
FÚTBOL-ESPECTÁCULO, CULTURA Y SOCIEDAD

1a. edición, 2010

D.R. © Samuel Martínez *et al.*

D.R. © Afinita Editorial México S.A. de C.V.

Vía Villa Florence 18-302

Col. Jesús del Monte

52764 Huixquilucán, Edo. Méx.

info@afinita.com

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.

Prol. Paseo de la Reforma 880

Col. Lomas de Santa Fe

01219 México, D.F.

publica@uia.mx

ISBN: 978-607-95080-4-3 (Afinita)

ISBN: 978-607-417-086-3 (UIA)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

BREVES APUNTES TEÓRICOS PARA ACERCARSE AL PROBLEMA DE LAS RELACIONES ENTRE FÚTBOL, MASCULINIDAD Y VIOLENCIA*

Jacques Paul Ramírez Gallegos

En el presente ensayo trataré de dilucidar algunas relaciones existentes entre fútbol, masculinidad y violencia. Sin embargo, antes de entrar en el análisis es necesario puntualizar dos principios básicos que, según Bourdieu (1996), habrán de advertirse para cualquier estudio del deporte:

1. No se puede analizar un deporte particular independientemente del conjunto de las prácticas deportivas; es necesario pensar el espacio de las prácticas deportivas como un sistema del cual cada elemento recibe su valor distintivo.

2. Es necesario poner en relación este espacio de los deportes con el espacio social que en él se expresa.

Así, al plantear con Bourdieu (1983) la especificidad del campo deportivo como relativamente autónomo de las condiciones sociales y económicas de una sociedad, consideramos que los aspectos sociales del fútbol sólo devienen significativos cuando se los localiza dentro de su particular contexto histórico y social.

* El presente texto forma parte de un estudio de más largo alcance titulado "Fútbol e identidad(es) en el Ecuador". Una versión similar fue presentada en el Seminario Internacional de Masculinidades realizado en FLACSO-Ecuador en el 2002 y en el Diplomado *Fútbol-espectáculo, cultura y sociedad* que se imparte en la Universidad Iberoamericana-ciudad de México. Es necesario advertir el carácter exploratorio de estas líneas.

Sin embargo, uno de los errores comunes en que se suele caer al tratar el tema de deporte y sociedad constituye la ejecución de asociaciones simples, tal como ver al campo deportivo como un “reflejo de la sociedad”.¹ Por el contrario, nuestro camino analítico sitúa al fútbol como un lugar, un espacio, una arena simbólica para comprender y leer fenómenos sociales de la realidad ecuatoriana, como son el racismo, machismo, nacionalismo y/o regionalismo.²

Al tener en cuenta estos aspectos, parto de la hipótesis de que el fútbol —entendido en sus tres dimensiones: deporte, juego y espectáculo— es un espacio de producción y representación de una “lógica simbólica de masculinidad violenta”,³ en el cual los medios de comunicación han jugado un papel central. Siguiendo a Alabarces y Rodríguez (2003) cabe señalar que:

el universo futbolístico se constituye como una arena especialmente apta para ofrecer a la comunidad masculina, espacios, actores, acciones y prácticas conducentes a la producción y reproducción de un *ethos* que, en tanto conjunto de emociones culturalmente organizadas de un grupo o comunidad, se constituye como una forma de *educación sentimental masculina*.

Para desarrollar la hipótesis planteada me centraré en tres aspectos: 1) la comprensión del fútbol como un deporte históricamente masculino, en el cual se desarrolla una *lucha o combate* simbólico entre dos grupos, lo que da lugar a la construcción de identidades colectivas; 2) analizar la forma y las partes corporales con las cuales es permitida la práctica de este deporte, y 3) la comprensión del fenómeno de las *barras* como espacio identitario masculino-violento, relacionado con las segmentaciones sociales.

1. Entender el fútbol como “reflejo de la sociedad” es una vieja metáfora especular que, además de ser teóricamente errónea, no tiene valor explicativo (Alabarces, 2000: 214).

2. Sobre estos dos últimos aspectos, véase Ramírez (2001; 2003; 2006).

3. Aunque en el presente artículo se matiza la producción y reproducción de una masculinidad violenta, es necesario señalar que la(s) masculinidad(es) en el fútbol tiene otras características más allá de lo violento.

*El fútbol como locus masculino.
Explicaciones históricas de un deporte agresivo*

Si bien la FIFA ha introducido nuevas reglamentaciones para modernizar este deporte con el objetivo de volverlo más *civilizado* (de ahí que hoy en día se pida siempre que prime el *fair play*), el fútbol ha sido desde los inicios un ritual agresivo.

En efecto, las raíces de los deportes de combate⁴ como el fútbol, el *rugby* y el *hockey*, pueden rastrearse de forma directa hasta una serie de juegos populares y variables de un lugar a otro durante la edad media y los principios de la edad moderna. Juegos conocidos con nombres diversos como *football*, *hurling*, *knappan* y *camp ball* se jugaban conforme a reglas no escritas y en el campo abierto, eran la expresión de una forma bastante pronunciada de patriarcado y, por consiguiente, expresaban los valores machistas casi sin cortapisas (Dunning, 1995: 327-328). Adicionalmente, cabe señalar que muchas veces los orígenes de los deportes eran expresiones ritualizadas de la "guerra entre bandas", en donde el uso de la violencia se consideraba como una puesta a prueba, institucionalizada, de las fuerzas relativas de determinadas comunidades.

Para Dunning, los primeros intentos por modernizar el fútbol se dieron en el siglo XIX, cuando los jugadores comenzaron a estar sujetos a la restricción de normas escritas, muchas de las cuales tenían que ver expresamente con la eliminación o el control de las formas de violencia más extremas.⁵ Dichos cambios no significaron que estos juegos se volviesen *civilizados* en un sentido absoluto, sino sólo *más* civilizados de lo que habían sido sus antecesores, pues

4. Entiendo por deporte, sobre todo de combate, una actividad organizada en grupo y centrada en el enfrentamiento de por lo menos dos partes. Requiere algún tipo de ejercicio o esfuerzo físico y se libra de acuerdo con reglas establecidas, incluidas, llegado el caso, las reglas que definen los límites de la fuerza física permitidos (Elias, 1995: 190-192).

5. Entre las reglas del juego establecidas en 1845 en el *rugby* se encontraban las siguientes: "Ningún jugador podrá usar clavos o chapas metálicas que sobresalgan en las suelas o talones de sus zapatos; el golpe con el talón o por encima de la rodilla no es limpio; un jugador que va al encuentro de otro sólo debe retener su brazo, pero puede golpearlo con el pie o quitarle la pelota de las manos si intenta patear la pelota al trasponer la línea de toque" (Vinnai, 1974: 119-120).

continuaron reflejando las ideas patriarcales características de toda sociedad que aún se encuentra en una etapa relativamente temprana de su nacimiento como nación-Estado urbana e industrial. Tales juegos servían, en parte, como medios para inculcar y expresar la hombría y la violencia para con el adversario.

En 1863 la recién creada Football Association se dividió en dos debido a que la mayoría de sus miembros propuso prohibir los puntapiés a los adversarios, mientras que una minoría abogaba por el punto de vista de que dicha prohibición quitaría virilidad al juego. Con este hecho se dio origen al surgimiento de dos deportes: el fútbol y el *rugby* (Vinnai, 1974).

Así, desde los inicios del fútbol las reglas fueron creadas para “suavizar el juego”. Se prohibió el uso de zancadillas, puntapiés, las cargas o embestidas violentas y peligrosas contra el adversario, etc. (Vinnai, 1974) Es en esta línea de análisis, propuesta por la teoría eliasiana, que los deportes como un fenómeno de la modernidad juegan un papel central en el proceso de “civilización”, al aportar espacios y prácticas para el desarrollo de una violencia regulada.⁶

En este contexto surge el fútbol profesional moderno, en el cual, exceptuando pequeños cambios, las reglas fundamentales para la práctica de este deporte no han variado. Como se dijo en las primeras líneas de este acápite: si bien hoy en día todas las agresiones violentas son drásticamente sancionadas, la violencia y el juego fuerte como expresión de una masculinidad no han desaparecido; por el contrario, se han resignificado en otras formas y/o espacios al existir un predominio de formas de violencia más silenciosas —asociadas a una creciente presión competitiva— que, como señala Dunning (1995), “conduce al empleo cada vez más encubierto de la violencia racional”.

6. Es necesario advertir la complejidad de este proceso que se entiende con mayor claridad al estudiar la transición del fútbol amateur al profesionalismo, en donde el surgimiento de una normatividad o reglamentación (aparecimiento de un regulador, árbitro) y la espectacularización (masificación del espectáculo futbolístico) van configurando el *uso* de la violencia y el cuerpo.

Fútbol, identidad nacional

Esta *violencia regulada*, al tener el carácter de una confrontación o guerra ritual entre dos grupos, ofrece un terreno privilegiado para la construcción de identidades colectivas y de antagonismos. Bromberger (1994) señala que es justamente en esta habilidad para movilizar y exponer las lealtades donde se debe buscar una explicación a la impresionante popularidad de este deporte de equipos, basado en el contacto físico y la competitividad abierta. Esto es:

Cada partido entre pueblos, regiones o países rivales toma la forma de una guerra ritualizada, sus fanfarrias militares y los estandartes esgrimidos por los hinchas que forman las divisiones partidarias y que se llaman a sí mismos "brigadas", "comandos", "legiones". Pero esta función celebratoria de la lealtad de los grupos partidarios no puede explicar por sí sola la tensión que pesa sobre un partido y las manifestaciones de comportamientos violentos (Bromberger, 1994: 2).

Es en esta línea de análisis que dicho autor señala, con relación a las identidades nacionales, que el fútbol suscita una *retórica militar* de donde retoma su raíz el vocabulario técnico. En efecto, existe una narrativa discursiva en la que se habla de batalla, lucha, artillería, combate, confrontación, ataque, defensa, etc., o metáforas de guerra que no hacen más que recordar el carácter de guerra ritualizada que tiene el fútbol.⁷

Incluso algunos combinados nacionales, como el ecuatoriano, han seleccionado cuarteles militares como sitios de concentración. Si bien se hace por una cuestión *estratégica* (para el control y la disciplina de los jugadores, para aislarlos del mundo exterior), en estos lugares se forja un espíritu nacionalista, como lo expusiera el subdirector de la Escuela Superior Militar (ESMIL):

En Parcayacu los jugadores han desarrollado un sentido de patriotismo porque han tenido un gran ejemplo en los héroes

7. El espectáculo futbolístico es una fiesta ritual multitudinaria que congrega a poblaciones enteras. Contiene un anhelo vehemente y profundo, una fuerza de participación y recreación. No es un estado pasivo, es una reivindicación de la existencia, es expresión de contenidos comunitarios (Medina Cano, 1996: 43).

del Cenepa. Lo que hace la Selección es un ejemplo más de hacer patria... porque ellos también luchan por dejar en alto el nombre de Ecuador (2001, noviembre 8. El Universo, D7).

Estos relatos nacionalistas muchas veces vienen acompañados de fusiones entre relatos masculinistas y moralizantes. Archetti ha planteado, precisamente, que la construcción de los estereotipos masculinos de los nacionalismos modernos depende de la relación entre moralidad y estructura corporal (Archetti, 2001: 12).

Fútbol y simbólica del cuerpo

La particularidad del espacio futbolístico es que se trata de un universo simbólico construido, practicado, narrado y disfrutado históricamente por hombres. Los atributos de este universo aparecen en el nivel discursivo, en las retóricas del espectáculo e igualmente en las prácticas reservadas tradicionalmente a los varones (Conde *et* Rodríguez, 1998). Hemos apuntado brevemente los orígenes del fútbol, el cual desde sus inicios se constituyó en un deporte masculino violento. A continuación, analizaremos las prácticas y narraciones que se tejen alrededor de este espectáculo.

En efecto, se puede analizar el fenómeno del fútbol como *locus* masculino a través de las simbolizaciones de las partes del cuerpo humano con las cuales se permite la práctica de este deporte. Muchos de los estudiosos que han trabajado el tema de la formación del espectáculo deportivo (Norbert Elias, Pierre Bourdieu, Cristian Bromberger, Eduardo Archetti, Roberto DaMatta, entre otros) coinciden en que cualquier actividad que se defina actualmente como deporte tiene que ser valorizada por dos aspectos: el culto al cuerpo y su carácter lúdico.

En principio, el fútbol (entre otros deportes de *combate* como el *rugby*, el *hockey*, el boxeo) constituye una contienda deportiva, pero bajo este combate igualitario existe un auténtico culto al cuerpo. Sobre todo en los últimos años en los cuales el fútbol se ha convertido en una competencia de alto rendimiento se considera a la preparación física como un elemento primordial para lograr el triunfo.

Como es de conocimiento común, el fútbol es uno de los pocos deportes que se practica principalmente con las piernas y pies. Salvo el arquero, el resto de jugadores no pueden utilizar las extremidades superiores, lo cual termina convirtiéndolo en un deporte que “propicia un desafío para el cuerpo humano —contra el tiempo o espacio y contra otros cuerpos— que producen, eventualmente, la más profunda emoción estética” (Alves de Souza, 1996: 22).

Esta dimensión estética produce un sentimiento de emoción tanto a jugadores como espectadores; provocado, entre otros aspectos, por el hecho de que:

las principales partes del cuerpo humano, con las que es lícita la práctica del deporte —los pies y las piernas— están localizadas en la parte inferior del cuerpo, que es considerada, en la cosmología occidental, la más instintiva, ligada a nuestro hemisferio irracional y primitivo. Los procesos inconscientes y vegetativos del ser humano como son las relacionadas con los intestinos, las excreciones fecales y urinarias, o bien con los órganos de reproducción y de placer, que dramatizan, en la cultura occidental, o que deben ser reprimidos, están localizados abajo de la cintura, en ese Ecuador simbólico del mundo occidental (DaMatta: 23).

Sin embargo, no es solamente el hecho de ser un deporte practicado por hombres y mayoritariamente con la parte inferior del cuerpo lo que le convierte propiamente en un ritual viril. Hay que entender esta relación entre fútbol y masculinidad como una construcción cultural donde se expresan, visibilizan y entran en acción elementos de dicha *hombria* como son: la fuerza física, potencia o la violencia propia de los deportes de combate.

Eric Dunning alerta este hecho al resaltar que el premio a la fuerza física lleva al desenvolvimiento de masculinidad en determinadas esferas de la vida social. Según Dunning, el propio juego de fútbol es una representación de una confrontación que se basa, fundamentalmente, en la expresión de la masculinidad, felizmente de una forma que es aprobada y controlada socialmente. En el fútbol, de hecho, existe una exhibición agresiva de los atributos de masculinidad (Dunning, en Souza, 1996: 51). En este sentido, el juego puede generar altos niveles de excitación, cuyo núcleo radica

en la confrontación —“una batalla ficticia” — con una pelota entre los representantes masculinos de dos comunidades. Aunque formalmente controlado, violento, pero en general de forma menos abierta y, en cierto sentido, más abstracta, el juego se parece en muchos aspectos a las confrontaciones que se dan entre los propios hinchas fanáticos; en otras palabras, es también una forma de ritual de masculinidad (Dunning, 1995: 321).

Si bien el ritual es controlado, algunas veces ciertos atributos, como pueden ser la potencia física, la fuerza, la agresividad, la rudeza del juego, entre otros, han rebasado el límite de lo permitido y han terminado en verdaderas luchas o combates cuerpo a cuerpo entre los miembros de ambos equipos; lo que da cuenta de los niveles potenciales de violencia que se pueden suscitar en un encuentro deportivo. Incluso cuando esto no llega a darse, como señala Vinnai:

a pesar del apaciguamiento de la violencia excesiva, el fútbol posibilita, como casi ningún otro deporte, la descarga de agresividad mediante el aparato muscular. Ya el acto de patear la pelota encierra agresividad. Una medida mayor de agresividad moviliza el hecho de que la misma no se orienta sólo contra la pelota sino también contra el ocasional adversario o todo el equipo rival. El *leitmotiv* de los juegos deportivos es la lucha contra el adversario. Es al rival a quien se trata de herir, si no literalmente por lo menos sí en el sentido de que quiere inferírsele una derrota (Vinnai, 1974: 122).

Sintetizando, si bien en los últimos años ha existido un aumento del fútbol femenino, llegando incluso a disputarse campeonatos mundiales, este deporte históricamente ha sido practicado por los varones. Así, el fútbol visto como un enfrentamiento entre dos equipos representados por elementos masculinos —ya sea a nivel de clubes o seleccionados— ha consistido, desde sus orígenes, en un ritual viril.

En este ritual existen dos contiendas: la que se realiza en la cancha y la que se da en los graderíos. Los jugadores que representan a alguna colectividad cuando juegan fútbol son los sujetos y actores del espectáculo; mientras que los hinchas, vía identificación obtenida con los jugadores, se transforman también en

sujetos simbólicos del espectáculo y son los portadores de lo que Bromberger (1994) denomina "oleadas de pasiones colectivas".

Un elemento adicional sobre la práctica del juego como *locus* masculino constituye el papel del portero. Dávila (1998) señala que para algunos la imagen del portero se asemeja a la de la madre. Su labor de cuidado de la casa, de control de la situación global, de autoridad sobre sus compañeros y los colores serios con que se sellaba su papel y situación en el campo, servían para corroborar esta idea. Adicionalmente, el carácter sufrido, de entrega total e íntegra de su labor, reafirma esta consideración.

En mi opinión, el papel del arquero metafóricamente reflejado como no-hombre se puede leer en un doble sentido. Por un lado, esos atributos de fuerza física, violencia y potencia que hemos hablado no recaen en el arquero. Ciertas narraciones deportivas al momento de convertir un gol hablan de que "el delantero disparó con potencia y rompió las redes", "se abrió el marcador", "el balón penetró el arco", que dan cuenta simbólicamente de que el arquero-mujer ha sido *penetrado* o que incluso perdió la virginidad.⁸ Por otro lado, algunos guardametas también son vistos como homosexuales, con lo cual su virilidad es puesta en duda.⁹

Para terminar este acápite es necesario resaltar brevemente el papel de los medios de comunicación en la construcción de discursos hegemónicos de masculinidad.¹⁰ Si bien hoy en día existen mujeres dedicadas al periodismo deportivo, éste, al igual que la práctica del fútbol, ha sido un espacio reservado para los varones. Como señalaba Fuller (1997), el fútbol ha servido para la transmisión de una cultura masculina. Son precisamente estos relatos producidos por los medios los que han contribuido a crear discursos hegemónicos

8. Esta imagen de ver al arquero como no-hombre también se expresa en algunos cánticos de las hinchadas, por ejemplo: "Que lo vengán a ver, que lo vengán a ver, eso no es un arquero es una puta de cabaret" (Diario de campo).

9. Tengo el registro de tres jugadores del fútbol ecuatoriano que han sido acusados de homosexuales. Los tres ocupaban la posición de portero. El "Pestañita" Morales, el "Tarzán" Torres y Jorge Delgado. Véase (1995). Revista Estadio, (1134/1137).

10. La masculinidad hegemónica es la de aquellos hombres en el poder, con poder y de poder. La masculinidad se igualaría a ser fuertes, exitosos, ostentadores de control.

de masculinidad. Es frecuente escuchar frases como: “el equipo jugó con fuerza testicular”, “x jugador es pura vitamina ‘H’”, “Emelec con H de Hombres”, entre otros.¹¹

Los atributos de fuerza, garra, potencia, se expresan en los órganos genitales masculinos, sobre todo en los testículos. Cuando un jugador no demuestra estas características es común escuchar: “le faltaron huevos” o “poco hombre”. La ausencia de estos atributos en la contienda deportiva quitaría virilidad al juego y los medios han sido enfáticos en este asunto. En un artículo del Diario El Universo se muestra lo señalado:

Fútbol Macho: Tenemos una Selección ordenada pero movida por un juego visceral, emotivo que podría llamarse “fútbol macho”. [...] No engañarse con declaraciones de pureza, que los partidos decisivos se han hecho para meter la pata y torcer la historia con dientes afilados y cosas de varones. [...] Se trata de hacer historia, que es el sueño de 13 millones de ecuatorianos, con ganas como dirían los argentinos, “güevos” (con g), pierna fuerte, mística, que sin todo eso el fútbol no sería más que un aburrido intercambio de gente cortés (2001, octubre 5. El Universo, D2).

Violencia y barras deportivas

Si bien temas como la violencia urbana, seguridad ciudadana, narcotráfico, violencia familiar, violencia étnica, entre otros, han sido tópicos ampliamente tratados y difundidos en las ciencias sociales, los fenómenos de la violencia en el deporte han sido objeto de una limitada atención.

Los encargados de *problematizar* el tema de la violencia en el fútbol han sido, principalmente, los medios de comunicación y dirigentes deportivos; los mismos que por lo general han visto la violencia como derivada de una irracionalidad de masas y

11. Tanto lo que emiten las barras de los equipos: “Pongan huevos no podemos perder” (Diario de campo), como lo que indican ciertas publicidades deportivas: “Aunque la Selección no clasificó aún tenemos las pelotas suficientes para ir al mundial” [(2008). Marathon. Revista Estadio, (1259)] han contribuido a construir este tipo de discurso. No hay que olvidar que el fútbol no se explica sin los discursos que lo circundan (Antezana, 2000).

actos premeditados de grupos juveniles.¹² Este tipo de argumentaciones ha tendido a estigmatizar a los sujetos con metáforas biologistas: "son cuerpos extraños que deben ser extraídos del cuerpo social", o categorizados como sujetos animalizados, "bestias, animales salvajes" (Santos: 2003; Alabarces: 2000).

Al tratar el tema de la violencia en el fútbol, éste no puede ser explicado por un solo factor, menos en términos de relación causa-efecto. En este sentido, no hay que hacer lecturas monocausales, reduccionistas o denuncias apocalípticas. Por el contrario, hay que ubicar el problema desde una postura crítica, lo cual implica no quedarse en un nivel empírico-descriptivo de los hechos, sino hacer lo que Geertz (1990) denomina "interpretaciones densas" que revelen los "modos en que esos hechos significan en una particular comunidad en un momento específico".

Para Dunning, uno de los factores explicativos de la conducta violenta de los hinchas de fútbol está relacionada de una manera central con normas de masculinidad que: a) resaltan hasta el extremo la rudeza y la habilidad para pelear;¹³ b) son, en ese aspecto, distintas de grado, pero no de clase, de las normas de masculinidad actualmente dominantes en la sociedad en general, y c) tienden, como consecuencia, a recibir la constante condena de los grupos socialmente dominantes.

Al centrar nuestra mirada hacia los graderíos es necesario puntualizar que, más allá del uso de la violencia física cuando ésta se llega a dar,¹⁴ la violencia en los graderíos puede ser entendida

12. En la mesa redonda organizada por FLACSO sobre *violencia en el fútbol*, los expositores (un periodista de televisión y un dirigente de la FEF), ubicaron la violencia entre los jóvenes de 15 a 25 años pertenecientes a barras organizadas; con lo cual llegaron al extremo de afirmar que éstos constituyen en ciertos casos grupos paramilitares.

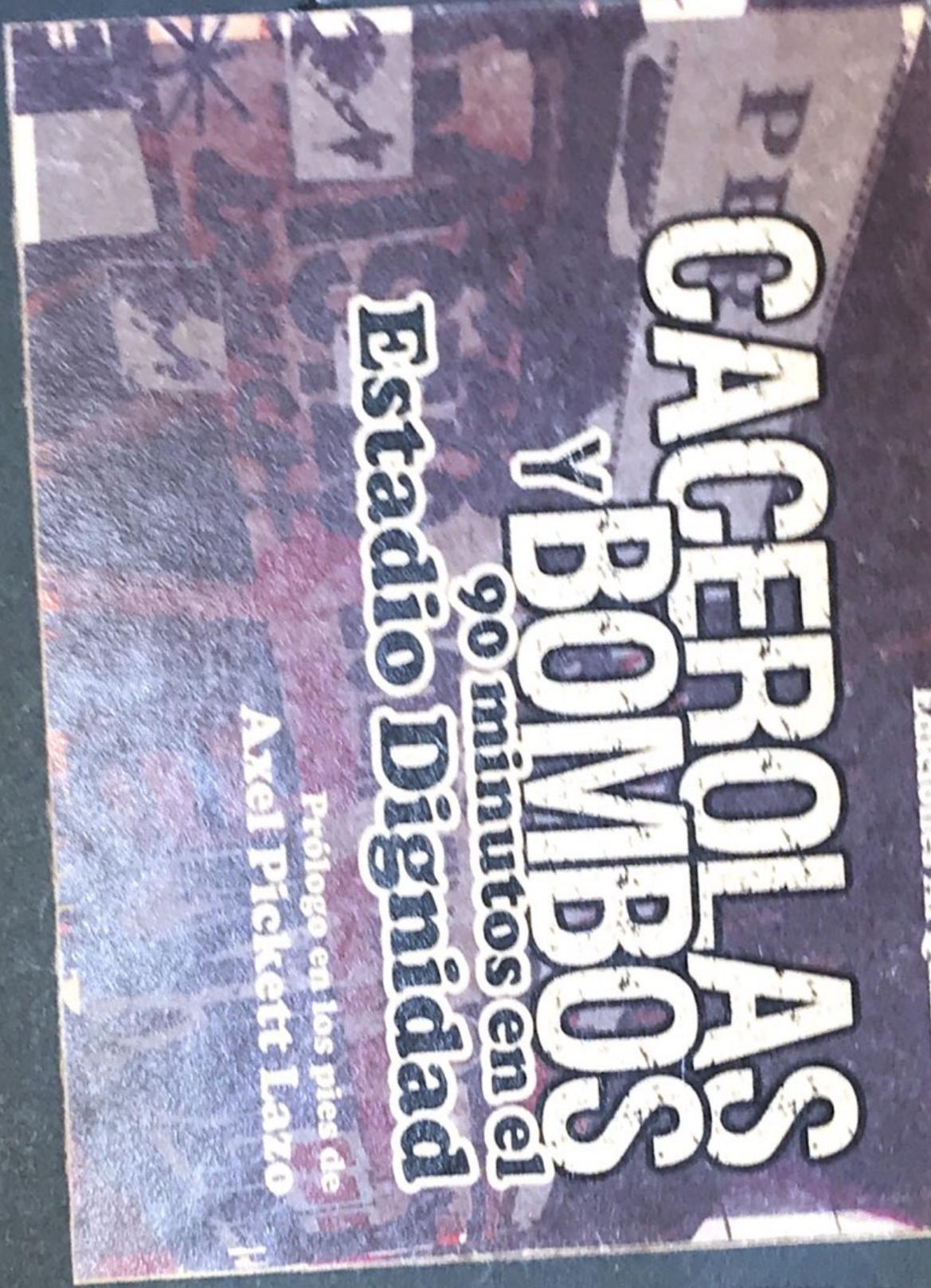
13. Luchar, tanto dentro como entre grupos, es necesario para conseguir y mantener una buena reputación acorde con las normas de masculinidad agresiva. Los mejores luchadores suelen destacarse como líderes y todos los miembros de esos grupos han de pelear para sentir y demostrar a otros que ellos son "hombres". Es por esto que a los hinchas les resulta tan interesante, y a veces incluso más, combatirse mutuamente como presenciar un partido de fútbol (la lucha como principal fuente de prestigio individual y grupal) (Dunning, 1995: 283).

14. Que pueden ir desde empujones o confrontaciones corporales hasta

Ediciones Al Quinto Bote

CAACERPOIAS Y BOMBOS 90 minutos en el Estadio Dignidad

Prólogo en los pies de
Axel Pickett Lazo



como una forma de “agresión ritualizada” en la medida que los actos violentos señalan una disputa por una identidad, un imaginario, un territorio simbólico y a veces real (Alabarces, 2000: 214). Es decir: la probabilidad de la violencia de los espectadores en el contexto del fútbol está probablemente exacerbada por el grado en que los espectadores se identifican con los equipos participantes y con la intensidad de su inversión emocional y su compromiso con la victoria de los equipos a los que alientan. A su vez, la intensidad de la inversión emocional de los espectadores en la victoria de sus equipos está vinculada a la centralidad y significación del fútbol en sus vidas, esto es, si es una entre un número de fuentes de sentido y satisfacción para ellos, o si es la única (Dunning, 1995).

Visto así, hay que entender al espectáculo futbolístico como un espacio público donde se producen oleadas de pasión colectiva. El fútbol se caracteriza particularmente por permitir a los varones desplegar su pasión legítima y abiertamente, expresión de sentimientos y emociones. Por lo tanto, este deporte se presenta como un lugar donde la esfera pública del varón puede ser “completada”. Mientras que otros campos, como el Parlamento, la cátedra o los negocios condenan el gasto improductivo y celebran la racionalidad, el fútbol parece estar diseñado para expresar sentimientos extremos y emociones “ilógicas” como la pasión (Bromberger, 1994; Conde *et. al.*, 2002).

En este nivel de análisis algunos autores han entendido las identidades futbolísticas como un proceso de neotribalización o formación de “tribus urbanas”,¹⁵ las mismas que se rigen por la afectividad entre los pares, se ligan a un tótem común que, en el caso de los hinchas organizados, son sus tiempos y sus propias barras como entidades autónomas. Esto porque dichas tribus o agrupaciones, a fin de diferenciarse del resto de la sociedad, crean identidades

generalmente relacionadas con productos de la industria cultural, sobre todo a partir del fútbol o los grupos de rock (Santos, 2003).

el uso de armas más hirientes como artefactos cortopunzantes u objetos que pueden servir como proyectiles (piedras, botellas, naranjas, etc.).

15. Fruto de una crisis urbana, de un proceso de personalización de la sociedad que está llevando a un individualismo extremo en un contexto de desestabilización social (Santos, 2001).

Tales grupos, como se ha repetido ya varias veces, mantienen una guerra en los graderíos con su adversario, en la medida que es posible sentir una de las satisfacciones humanas más profundas como es el verle derrotado. Pero al margen o más allá del resultado que se dé en la cancha, estas neotribus, tienen ciertos símbolos u "objetos sagrados"¹⁶ que si son capturados por los contrincantes pueden ser detonantes de actos de violencia entre barras. En efecto, el apoderamiento de banderas y la captura del bombo de los rivales constituyen actos heroicos y son vistos como trofeos. Los miembros pertenecientes a sus respectivas barras son partidarios de la captura de dichos trofeos y a la vez son responsables de la defensa de los mismos.

Estos hechos y la vinculación horizontal que se da en estos espacios ha dado paso incluso al uso del celebrado concepto de "comunidades imaginadas" de Benedict Anderson (1991) —que el historiador inglés usa para comprender la formación de las modernas naciones—, para describir los vínculos identitarios de las hinchadas futbolísticas de clubes y naciones.

Este proceso de tribalización, según Alabarces (1999), puede verse en un doble sentido: respecto de un otro radicalmente negativizado y al interior de las mismas hinchadas. Con relación al primero, los principales modos de articulación de la rivalidad en el Ecuador son de carácter regional (por ejemplo, la rivalidad LDU de Quito - Barcelona de Guayaquil) y por oposiciones locales (Deportivo Quito - LDU de Quito o Emelec - Barcelona de Guayaquil).¹⁷ La

16. En términos de Godelier (1999): son aquellas cosas que no se dan ni se venden, que se guardan.

17. Ciertas porras que hacen los diferentes hinchas expresan esta rivalidad tales como: "el que no salta es mono [término despectivo utilizado comúnmente para referirse a las personas de Guayaquil/Costa], mono maricón"; "el que no salta es longo [término despectivo utilizado comúnmente para referirse a las personas de Quito/Sierra], longos mismos son"; "Guayaquileño, ladrón marihuanero, después de ser ratero pasaste a maricón, guayaquileño pedazo de hijo de puta, que vives en la punta rincón del Ecuador"; "Yo soy del bajo, bajo el Ponciano [barrio donde queda el estadio de LDU], donde el que no es choro es criminal, el más cobarde mató a su madre y él más valiente para qué les vamos a contar, cuídate mono, cuídate mono, que la muerte te va agarrar, y este año en el astillero nos vamos a cagar" (información extraída de anotaciones en diario de campo).

lucha entre los hinchas adopta la forma de *vendetta* en el sentido de que, con independencia de las acciones no encubiertas que realicen, atacan a cualquier individuo o grupo sólo por mostrar en público la insignia de pertenencia a un grupo rival. Y, con relación al segundo, al hablar al interior de las hinchadas también se ha producido un proceso de segmentación que se puede ejemplificar con lo que ocurre al interior de las barras de LDU: las dos más fuertes, Muerte Blanca y Barra Brava, ocupan espacios diferentes en el estadio (unos en la general sur y otros en la general norte, algunos de los cánticos que se hacen en la una no se los hace en la otra y viceversa).¹⁸

Un último elemento que quiero señalar para completar la argumentación está relacionado con la visibilidad que ha adquirido la mujer en el ámbito futbolístico, tanto a nivel de la práctica deportiva, como en los medios¹⁹ y en los escenarios futbolísticos. Si afirmamos con Conde y Rodríguez (1998) que toda arena simbólica puede devenir en lugar de disputa por la hegemonía, el territorio futbolístico parece estar constituyéndose como un espacio donde se producen operaciones de apropiación, por parte de las mujeres, de ciertas prácticas, valores y representaciones históricamente asumidas como propias del género masculino.²⁰

18. A decir de uno de sus integrantes, uno de los antecedentes para separarse fue el "aburguesamiento" de la Hinchada Blanca (barra oficial). "Nosotros fuimos parte de la Barra Brava, hasta que criticaron nuestra manera de alentar al equipo, son unos hipócritas porque todos saben que fumamos marihuana y que chupamos [beber alcohol] como albañiles, pero no quieren que eso se refleje en nuestras barras".

19. Su presencia responde más a estrategias de *marketing*, en el que el papel de los medios ha sido una piedra angular, tal como señala Fainholc: "Los medios de comunicación social como fuerzas sociales conservadoras favorecen que las mujeres se conviertan en el 'espectáculo pintoresco' que alegra, trivializa el panorama radiodifusor actual, tedioso, esquemático, estandarizado en forma y contenido, con excepcionales oportunidades de revisión y cuestionamiento de normas y paradigmas androcéntricos. De este modo, las mujeres sólo aparecen como sujetos con protagonismo cuando se constituyen en 'personas informacionales exhibicionistas' al exhibirse (al modo de artistas, parientes de personas destacadas, delincuentes, etc.) si no, no llegan a los Medios. Ello es verificable a diario" (Fainholc, en Conde *et. al.*, 2002).

20. El ingreso forma parte de permitirse un goce tradicionalmente vedado aunque negociado, es decir, sin perder la propia identidad y dentro de los límites señalados por los códigos del otro (García Canclini, en Conde, 1998).

En este sentido, el crecimiento de públicos femeninos no se presenta como una disputa en torno a un conflicto de género, no es una relación necesariamente marcada por la confrontación, ya que asume diferentes modalidades, según el eje sobre el que se esté operando. La demarcación de género en el territorio futbolístico puede rastrearse en al menos cuatro dimensiones: el saber, la carnalización, la pasión y la violencia. El discurso masculino futbolístico designa a la identidad femenina en torno a la negación, la aceptación, la resistencia y la exclusión de esas cuatro dimensiones, respectivamente. Y la incorporación de la mujer no significa la constitución de universos autónomos de lo masculino, sino la ratificación del machismo futbolístico. Las hinchas mujeres son habladas por el lenguaje masculino, son incorporadas por sus códigos, son atravesadas por sus prácticas. Inclusive, la protección de las hinchas mujeres por parte de sus hermanos-novios, la presencia de ellas para servirles comida y la creencia de cierto grupo de jóvenes que ir al estadio con mujeres trae mala suerte, ratifican los dogmas del machismo señalados. Un dato más: la existencia de barras de mujeres (*Cheer líderes* de la LDU y/o las *Chicas Pilsener*) que suelen salir en los clásicos del astillero o cuando juega Barcelona, ejemplifica claramente los roles de género comúnmente aceptados en el mundo deportivo ecuatoriano (*mujeres cachiporreras*).

Con lo señalado se puede afirmar que el eje de la diferencia está en la masculinidad. Como señala Archetti (1985), en el fútbol, en tanto arena expresiva de un *ethos* masculino, se afirma la virilidad en torno a dos ejes contrapuestos: el del homosexual y el del púber (o no iniciado). Ambos serían formas de identidad de valor negativo que quedan expresados en los cánticos de los hinchas. El uno por ausencia de virilidad o su contrario exceso del mismo: "quiteño hediondo, te la meto, te la saco y te la pongo",²¹ y el otro por su asociación con la madurez, la autonomía, la independencia y la capacidad de ejercer la propia voluntad que poseen los adultos: "la

21. Dunning alerta este hecho al caracterizar a la actual afición violenta, cuando señala el notable grado de conformidad y uniformidad en la acción que se muestra en las canciones y lemas de los violentos hinchas. Un tema recurrente es el reforzamiento de la imagen masculina del grupo al que pertenecen aunado a la denigración y los ataques a la falta de virilidad del grupo contrario.

liga no tiene marido, la liga no tiene mujer, pero tiene un hijo bobo que se llama el Emelec”.

Resulta pertinente, por último, resaltar el hecho de que si bien el fútbol, en tanto ritual masculino, reafirma las diferencias padre/hijo y macho/homosexual (existiendo una profunda homofobia)²² —como bien ha señalado Archetti— la dicotomía masculino/femenino o el “ser hombre-ser mujer” no desaparece del todo, siempre está presente. Un ejemplo de lo señalado se constata en el hecho de que algunas barras para desvalorizar a sus contrarios los feminizan.²³

Este ensayo ha tenido como interés primordial argumentar cómo el fútbol constituye un espacio de producción y reproducción de una lógica simbólica de masculinidad violenta. Este hecho ha sido rastreado a partir de tres aristas: 1) desde los orígenes, este deporte se constituyó en un ritual masculino agresivo, que dentro del proceso civilizatorio ha servido como un espacio para practicar una violencia regulada; 2) entendiendo la especificidad y formas de este juego —al poner en acción el aparato muscular—, en el fútbol se expresan y visibilizan ciertos valores masculinos como pueden ser la fuerza física, la potencia, agresividad o violencia; 3) al convertirse en un espectáculo han surgido varios grupos de barras organizadas que, en algunas ocasiones, protagonizan actos violentos y agresiones ritualizadas que señalan una disputa por una identidad.

Visto de esta manera, compartimos lo señalado por Norma Fuller (1997): la transmisión de una cultura masculina está encarnada en la institución del deporte. El fútbol constituye un deporte masculino por excelencia. No sólo es un juego de niños, es también una de las principales instituciones públicas de la cultura sudameri-

22. “Dicen que les gusta chupar la verga [pene], y dicen que les gusta más la cabeza. El bombillo [nombre para identificar a los hinchas de Emelec] es un cagón, lo sabe la nación, hasta el presidente que tienen es maricón”. “Los domingos el Capwel [nombre del estadio de Emelec] apesta a mierda. Un mojón que se llama Emelec. Una hinchada cojuda y ahuevada es la hinchada maricona de Emelec. Emelec, Emelec, maricón de la primero de mayo, Emelec, Emelec, rómpete el culo otra vez” (porras de la barra *Sur Oscura* de Barcelona de Guayaquil).

23. Por ejemplo, a la barra del club El Nacional, llamada *Marea Roja*, las otras hinchadas se refieren a ésta como *María Rosa*.

cana. Al practicar el fútbol el niño no aprende únicamente a jugar, también está alcanzando el mundo exterior y aprendiendo que éste pertenece a los varones.

Si bien en los últimos tiempos se ha visto la proliferación de mujeres en el espacio futbolístico, ya sea en el ámbito de la práctica deportiva, del acceso a los espacios comunicativos o de asistencia a los escenarios deportivos, ninguno de estos tres elementos constituye una amenaza de usurpación de un espacio históricamente construido, practicado, narrado y disfrutado por hombres; por el contrario, hay en esto el mantenimiento de roles de género comúnmente aceptados.

En el mismo orden de lo acotado hay que señalar el papel de los medios como los responsables de convertir a los cuerpos de las mujeres en sujetos visibles de una forma de panóptico de una mirada masculina que, aunque parece incluirlas, reproduce el orden social de género. Además, hay que señalar que son también aquéllos los que tienden a estigmatizar a los jóvenes que pertenecen a las barras como “violentos”, “bárbaros”, “salvajes” “locos y poseídos por el consumo de alcohol y otras drogas”. No está de más recordar que una forma máxima de violencia social es la exclusión (de la que padecen o pueden llegar a padecer los hinchas que pertenecen a barras). Incluso mucha de la confrontación que se da en este espacio tiene en Ecuador un carácter regional, el mismo que ha sido desplegado por los medios de una forma tal que ha exacerbado un discurso regionalista.

Es necesario advertir, finalmente, que cuando se habla de violencia en el deporte hay que definir de qué tipo de violencia hablamos, los niveles de intensidad conflictiva, quiénes son sus protagonistas, cuáles son sus prácticas y en qué contextos se desarrollan. Para el caso ecuatoriano no existen altos niveles de violencia de las barras organizadas si se compara con lo ocurrido en otras regiones del continente (“barras bravas” de Argentina, Chile) o de Europa (*hooligans*). La principal causa de violencia y/o los enfrentamientos entre rivales se dan principalmente por la disputa de una supremacía simbólica o como reacción frente a una *injusticia* deportiva que supone la reposición imaginaria de un estado de

justicia ideal.²⁴ En este sentido, hay que entender la violencia como una agresión ritualizada, en donde existe una disputa por un capital simbólico. Así, las apuestas de los hinchas por la gloria y el honor, en el enfrentamiento con hinchadas rivales, pueden entenderse dentro de este marco y fuertemente asociadas a la construcción de la masculinidad en donde se despliegan oleadas de pasiones colectivas (Conde *et al.*, 2002).

Por último, considero necesario profundizar en investigaciones sobre éste y otros temas relacionados con el deporte —en donde la demanda de científicos sociales que trabajamos el tema aumenta—. Si bien en otros países, sobre todo en los de Europa, el estudio del deporte ha captado la atención desde décadas pasadas, en América Latina el interés surge en la década de 1990 y se consolida en los primeros años del nuevo siglo; sin embargo, se ha caído en un nacionalismo metodológico que ha impedido hacer comparaciones de tipo regional para ver las semejanzas y diferencias sobre cómo vivimos y sentimos el fútbol desde esta orilla. Éste es uno de los retos para los próximos años.

24. Alabarces (2000) señala dos causas más de la violencia relacionada con el fútbol: las acciones organizadas y protagonizadas por los “barras bravas” y las acciones producidas por —o en respuesta a— la violencia policial.